

LOURDES FLAMARIQUE – CLAUDIA CARBONELL (EDS.)

LA POSVERDAD

O EL DOMINIO
DE LO TRIVIAL



La posverdad o el dominio de lo trivial

La posverdad o el dominio de lo trivial

Lourdes Flamarique/Claudia Carbonell (eds.)



© Lourdes Flamarique y Ediciones Encuentro, S. A., Madrid, 2019

Esta obra ha sido publicada con la colaboración de la Asociación de Filosofía y Ciencia contemporánea



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 59

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-006-2

Depósito Legal: M-34683-2019

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Presentación. Por qué importa todavía la verdad.....	7
PRIMERA PARTE	
El marco político-cultural del debate en torno a la posverdad	11
El arte de la verdad en el espacio público. <i>Claudia Carbonell</i>	13
¿Posverdad? No gracias. <i>Juan A. Nicolás</i>	32
La red de posverdad. <i>Antón Barba-Kay</i>	59
La verdad de las verdades: ensayo de una respuesta a las provocaciones de la posverdad. <i>M^a Jesús Vázquez Lobeiras</i>	80
Mosquitos y camellos. Crítica de la razón irrelevante. <i>Ana Marta González</i>	110
La ilusión por la verdad. Propuesta de terapia para la «sociedad del cansancio». <i>Francisco Rodríguez Valls</i>	127
Del hiperfactualismo al posfactualismo: La posverdad y el espejismo de la coherencia. <i>Zaida Espinosa</i>	137
Hacia la verdad: Rilke, Heidegger y lo abierto. <i>Gabriel Insausti</i> . ..	159
Arte contemporáneo y verdad. Estrategias para el desengaño. <i>Nieves Acedo</i>	180
Retórica, verdad y afectos. <i>Enric Fernández Gel</i>	195
¿Importa todavía la verdad? Retos del mundo digital. <i>Almudena Rivadulla</i>	222
SEGUNDA PARTE	
Recuperando argumentos de la tradición filosófica.....	241

La exigencia de verdad, expectativa de realidad. Las coordenadas de un debate filosófico renovado. <i>Lourdes Flamarique</i>	243
Palinodia habermasiana. De un concepto consensual a un concepto realista de verdad. <i>José García Norro</i>	272
Sobre la verdad. <i>Tomás Gil</i>	293
La sinceridad como espejismo de la verdad. <i>Margarita Mauri</i>	299
Verdad práctica. <i>Alfredo Marcos</i>	312
Sobre verdad y mentira en sentido extrapolítico. <i>Amalia Quevedo</i>	324
La noción de <i>aporía</i> y el componente escéptico en la filosofía. Miguel Martí Sánchez.....	333
Verdad y diferencia. <i>Jesús de Garay</i>	346
Sobre posverdad y construcciones estéticas del mundo. <i>David González Ginocchio</i>	364
¿Verdad o <i>posverdad</i> ? Una reflexión sobre los ámbitos antropológicos donde la verdad aún importa. <i>Mikel Ostiz</i>	389

PRESENTACIÓN POR QUÉ IMPORTA TODAVÍA LA VERDAD

La pregunta *¿importa todavía la verdad?* ha surgido con fuerza, aunque con un toque de escepticismo, en el agitado mundo de los medios de comunicación social. Sin duda la verdad importa; la misma formulación de la pregunta lo confirma. Esto es especialmente significativo al coincidir con la progresiva *desrealización* mediática y cultural que caracteriza las sociedades del siglo XXI y ha dado un nuevo brío al escepticismo siempre perezoso, para el que la verdad es una categoría inútil. La cultura de la no-verdad pretende legitimarse en el juego de espejos de la acelerada producción de imágenes que llena el espacio público; sería, además, coherente con el nihilismo como actitud vital y estética, impulsado todavía por algunas tendencias del pensamiento filosófico.

Pero, si, como parece, la verdad sigue desempeñando un papel primordial en distintos aspectos de nuestra vida social y cultural, de algún modo, esta reclamación de lo olvidado y traicionado por parte del pensamiento del último siglo, ha puesto contra las cuerdas algunas de sus convicciones más firmes. Por ejemplo, que la comunicación sea el resultado de estrategias y sistemas de signos o que la verdad dependa solo de procesos lógicos o prácticas de verificación. Con unas cosas y otras, podría decirse que, en las últimas décadas, se han re-dibujado silenciosamente las fronteras entre ficción y realidad, verdad y apariencia, simulacro e hiperrealidad, signo y sentido que tantos consideraban ingenuas y superadas.

Que la verdad importa lo confirma también el hecho de que haya sido redescubierta como parte constitutiva del discurso común y de cualquier intento de defender nuestros estilos de vida: la búsqueda y el deseo de verdad nos llevan de la simple apreciación a la opinión y la argumentación. La orientación a la realidad en toda experiencia y trato con las cosas produce una expectativa de verdad que no desaparece en el sueño, ni se ve desmentida por la compleja trama de ficciones que se amalgaman con los hechos, los eventos y las acciones en la actual cultura de la imagen. En efecto, discutimos y porfiamos porque nunca perdemos de vista la diferencia entre lo que decimos y aquello de lo que afirmamos o negamos esto o lo otro. En esa diferencia nos va la vida; ahí nos jugamos el pensamiento y las condiciones existenciales de la libertad. Nuestra realidad más próxima, la que nos define como humanidad. La verdad nunca es estéril ni definitiva: encarga. Es, a la vez, promesa y cumplimiento.

Pero, si los debates actuales enseñan que no convenía dar por definitivamente perdida la exigencia de verdad, también que no se debe tener como seguro lo recuperado. ¿Hasta qué punto hay que tomar en serio esta exigencia de verdad? ¿Se trata de un cambio de ciclo o simplemente de una de esas revueltas de la espiral del proceso de modernización de la cultura que apenas modifican su dirección? ¿Disponemos de recursos suficientes para diferenciar los distintos modos en los que se presentan la verdad y la falsedad? ¿Estamos capacitados para argumentar sobre la verdad de lo verdadero y la falsedad de lo falso?

De todas estas cuestiones tratan los trabajos reunidos en este volumen. La mayoría fueron discutidos en un simposio celebrado en Ribadesella en junio de 2017. La versión que ahora se publica se vio enriquecida con las observaciones y réplicas de los coloquios allí mantenidos.

La primera parte del libro ofrece distintos enfoques que dibujan el marco político y cultural del renovado interés por la verdad. Aunque el término «posverdad», como era de esperar, haya perdido presencia mediática, ha quedado entre nosotros como

el inconfundible signo de una nueva amenaza en las sociedades desarrolladas y dependientes en su estilo de vida de las tecnologías más sofisticadas. Por eso, es imprescindible conocer las dinámicas y los patrones que sostienen el nuevo régimen de la comunicación e información en el que apenas tienen peso los sujetos del habla, y en el que pareciera que el discurso se autoimpulsa, se reorienta o se aborta en virtud de fuerzas ciegas al juicio humano... como la energía del algoritmo.

El recorrido por las condiciones técnicas, las estrategias retóricas o los intereses políticos que alteran y transforman la evaluación en términos de verdad de las afirmaciones sobre hechos delimita un horizonte de problemas y soluciones que en absoluto resulta ajeno al que dibujan algunos caminos del arte y la literatura contemporáneas por los que entran en relación con la verdad y su compromiso con la realidad.

La segunda parte del libro reúne los principales argumentos sobre la verdad de la tradición filosófica que, lejos de aportar una lectura historicista, articulan la actualidad e inevitabilidad de las razones y sinrazones de la controvertida cuestión de la verdad y falsedad. Ciertamente el siglo pasado ha conocido múltiples —y a menudo antagónicas— teorías de la verdad. Algunas la daban ya por superada, al no ser otra cosa —decían— que el vicio cultural de Occidente, el estigma de una enfermedad congénita, pero no irremediable. Pero de esa inflación y falta de acuerdo no ha resultado el final de la controversia. Al contrario, con el nuevo siglo la filosofía en cualquiera de las corrientes que la cultivan ha sido capaz de persuadir sobre lo que se juega el ser humano en relación con la verdad, despertando el interés por las condiciones y formas de la verdad. La íntima relación de realidad y verdad está detrás de la renovación para el debate filosófico de «marcas» características como el realismo o la modalidad.

Que hoy se hable de una concepción realista de la verdad, y que en ese espacio puedan dialogar pacíficamente pensadores como Platón, Aristóteles, Habermas, Wittgenstein, Kant, Tomás de Aquino o Heidegger, son quizás algunos de los rendimientos

del marco actual de la filosofía. Estamos ante una conversación que no excluye a nadie, sino que acoge planteamientos bien diversos tanto de la tradición filosófica, como de las disciplinas afines, en los que destaca el empeño por desbrozar el camino algo ocluido de la verdad. Lo interesante de este nuevo estado de cosas es que pareciera que abandonamos el trillado camino de los debates y las opiniones para reavivar, una vez más, la seña típica del pensamiento filosófico: el diálogo como conversación que tiene en el centro el afán por la verdad.

Lourdes Flamarique/Claudia Carbonell

Mayo de 2019

PRIMERA PARTE

EL MARCO POLÍTICO-CULTURAL DEL
DEBATE EN TORNO A LA POSVERDAD

EL ARTE DE LA VERDAD EN EL ESPACIO PÚBLICO

Claudia Carbonell (Universidad de La Sabana)

Hemos asistido en los últimos tiempos a la denuncia —o simple constatación— de encontrarnos en una era llamada de la *posverdad* o, en otros registros, de un régimen *posfáctico*. Parece ser que lo propio de los discursos pos-fácticos es que, en ellos, la respuesta emocional precede y, en cierta medida, anula o subvierte la veracidad de los hechos. Se contraponen esta nueva sensibilidad a la del discurso político ilustrado, en la que, al menos en teoría, la posibilidad de verificación racional/fáctica hacía parte importante del discurso mismo. En la comunicación pos-fáctica, los hechos pueden ser negados, socavados, revertidos, amplificados, flexibilizados, etc., sin que, aparentemente, eso tenga consecuencias *serias* para el público. Pareciese que se ha dado un paso más allá del «no hay hechos, solo interpretaciones» nietzscheano hacia la extraña idea de «hechos alternativos».

Ya la identificación en distintos contextos de la posverdad con lo pos-fáctico es señal de que hablamos de la llamada verdad de los hechos, no de la verdad teórica ni tan siquiera de la verdad práctica. De esa de la que dice H. Arendt, en un ensayo recientemente reeditado, que son las verdades más importantes desde el punto de vista político (Arendt, 2017: 23)¹. En contraposición con la verdad

¹ Sobre esa verdad de los hechos, afirma Arendt: «La verdad factual configura el pensamiento político tal como la verdad racional configura la especulación filosófica» (Ibídem: 35).

teórica, «lo que define a la verdad factual es que su opuesto no es el error, la ilusión ni la opinión, sino la falsedad deliberada o la mentira» (Ib.: 55). Pues bien, ¿qué relación guarda esta verdad fáctica con el discurso público?

La cuestión de la relación entre discurso público (político) y verdad está ya formulada como tensión irresuelta en Platón. Si bien en el filósofo ateniense el conflicto afecta principalmente a la verdad filosófico-racional, también hay en Platón (contra la opinión de Arendt²), constatación de que la falsedad deliberada (elegida) sí juega un papel en el ataque a la verdad. Pero no será de Platón de quien me sirva en esta ocasión, a pesar de sus comentarios tan agudos sobre la retórica en el *Gorgias* o en el *Fedro*. Lo que pretendo es sondear, a propósito de algunas observaciones de Aristóteles en su *Retórica* y en la *Ética a Nicómaco*, las posibilidades de la verdad factual o fáctica, junto con otros tipos de verdad, en el discurso público. En eso que la ilustración griega del siglo V a.C. llamó retórica: la disciplina que regula el uso comunicativo y público del lenguaje, que establece las reglas de un discurso persuasivo sobre las cuestiones de la *polis*, sobre las que cabe tomar partido y acerca de las cuales hay que decidirse.

En Aristóteles, la retórica se relaciona, por una parte, con las disciplinas ético-políticas, y por otra, con la dialéctica. En este plexo de relaciones comparece cómo las cuestiones prácticas (ético-políticas) se articulan con el carácter lingüístico o comunicativo del hombre, pero también con su afán de verdad.

² «Aunque las verdades más importantes desde el punto de vista político son las verdades de hecho, el conflicto entre verdad y política fue descubierto y articulado por primera vez con respecto a la verdad racional. Lo opuesto a un juicio racionalmente verdadero es el error y la ignorancia, como ocurre en las ciencias, o la ilusión y la opinión, como sucede en la filosofía. La falsedad deliberada, la mentira llana, desempeña su papel solo en el terreno de las afirmaciones fácticas, y resulta significativo o más bien extraño que, al parecer, en el largo debate sobre este antagonismo entre verdad y política, desde Platón hasta Hobbes, nadie ha creído jamás que la mentira organizada, tal como la conocemos hoy en día, pueda ser un arma adecuada contra la verdad» (Arendt, 2017: 23-24).

Pues bien, como es sabido, Aristóteles distingue tres grupos de pruebas retóricas o argumentos de persuasión³: los que se apoyan en el *ethos* o en el talante del orador; los referidos a la capacidad de influir en las disposiciones de quien escucha; y el contenido del discurso mismo, que este demuestra o parece demostrar (*Ret.* 1356a1-4). No se trata de tres elementos inconexos, sino que todos esos argumentos o pruebas son suministradas por el discurso mismo (*dia tou lógon*) y, en esa medida, tienen un carácter racional. Ahora, mientras el tercer factor está vinculado de un modo más inmediato con la capacidad dialéctica, los primeros dos elementos responden a un dominio de tipo psicológico/sociológico. Es precisamente la inclusión del factor emotivo lo que diferencia en últimas la argumentación retórica de la dialéctica.

Pues bien, muy al principio de la *Retórica* (I, 2), Aristóteles distingue de estos tres tipos de argumentos retóricos otros, que, sin ser propiamente retóricos, preexisten y coadyuvan en la discusión: testigos, confesiones, documentos, esto es, todo lo que llamaríamos hechos. Sobre ellos dice el Estagirita que hay que *utilizarlos* (*crasathai*). En cambio, de los propiamente retóricos (*ethos, pathos, logos*), afirma que son susceptibles de método y que hay que inventarlos (*heureîn*) (*Ret.* 1355b35-38), fabricarlos por el mismo lenguaje y la misma trama discursiva. De aquí se sigue entonces que el lenguaje en el ámbito público o social presenta un carácter heurístico, creativo, que comparte elementos con la poética, como por lo demás ha mostrado Ricoeur (1991). Pero cabría preguntarse, ¿cuál es el límite de esta función heurística? ¿Es lo mismo retórica que poética?, ¿la invención de elementos del discurso público y la creación ficticia?

La dimensión poética del lenguaje retórico

La retórica toda está orientada a mostrar el método para elaborar, a partir del lenguaje mismo, un entramado de estructuras

³ Para el estagirita, las pruebas por persuasión (*pístis*) son un tipo de argumentación: *pístis apodeixis tis*, porque nos persuadimos cuando *creemos* que algo está demostrado (*Ret.* 1355a5-7).



La pregunta ¿importa todavía la verdad? ha surgido con fuerza, aunque con un toque de escepticismo, en el pensamiento contemporáneo y en el agitado mundo de los medios de comunicación social. Si los debates actuales enseñan que no convenía dar por definitivamente perdida la exigencia de verdad, como se daba por sentado en la cultura posmoderna, también muestran la fragilidad de lo recuperado. ¿Hasta qué punto hay que tomar en serio esta exigencia actual de verdad? ¿Se trata de un cambio de ciclo o de un eslogan trivial? ¿Disponemos de recursos suficientes para diferenciar los distintos modos en los que se presentan la verdad y la falsedad?

De todas estas cuestiones tratan los trabajos reunidos en este volumen. Recrean una conversación que acoge planteamientos diversos tanto de la tradición filosófica, como de las disciplinas afines, en los que destaca el empeño por desbrozar el camino siempre difícil de la verdad.

LA POSVERDAD

O EL DOMINIO DE LO TRIVIAL



ISBN: 978-84-1339-006-2



9 788413 390062